

Aproximación a la literatura y la formación de las mujeres en América Latina

Selen Arango Rodríguez

Escritora y pedagoga especializada en literatura y formación femenina, profesora de la Universidad de Antioquia, arangoselen@gmail.com

¿Quién nos dio el permiso de realizar el acto de escribir?
 ¿Por qué será que el escribir se siente tan innatural para mí?
 ¿Quién soy yo, una pobre Chicanita del campo, que piensa que puede escribir?
 ¿Qué tenemos para contribuir, para dar?
 ¿Acaso no nos dice nuestra clase, nuestra cultura, tanto como el hombre blanco que el escribir no es para mujeres tal como nosotras?

Gloria Anzaldúa¹

Las mujeres en nuestra literatura trazamos un vínculo con la formación, uno que más allá del acto de contar y escribir historias. Si bien la educación es el medio a través del cual es posible la formación, en algunos casos, nos formamos a pesar de la educación que recibimos².

En el siglo XIX las mujeres fuimos objeto de la reflexión pedagógica más no el sujeto. Es decir, produjeron listados sobre cómo debíamos ser y actuar, además de nuestros deberes para con la sociedad, sin pensarnos como sujetos de la formación. La formación es lo que cada sujeto introyecta para sí de su cultura de origen y de los contextos donde se forma como la escuela, la familia, la sociedad, la comunidad, la ciudad o su territorio. La formación, también, es la expresión de nuestra autonomía en tanto cada cual elige qué o qué no reconoce, trae, incorpora, para sí. Y esta

elección no se hace a través de exámenes sino por medio de las pruebas de la vida o de nuestra experiencia como sujetos de lenguaje.

Entonces, si las mujeres apenas pudimos acceder mayoritariamente al sistema educativo público a partir de la segunda mitad del siglo XX³ ¿qué pasaba con nuestra formación? Y la respuesta, entonces, es que nos formamos a través de la literatura, a través de lo que contamos de nosotras mismas y que logramos verbalizar a través de nuestras historias o que plasmamos a través del poema, el cuento o la novela. La feminización del sujeto de la formación en el marco de los proyectos nacionales latinoamericanos, además de entregarles a las mujeres el mandato de la maternidad, nos prohibió relacionarnos con otras mujeres y nos impuso el matrimonio heterosexual para mantener la familia nuclear: madre, padre,

hijos e hijas. También, una relación con lo divino a través de la imposición de un Dios, de unos santos u objetos de adoración luego del paso de la colonia por América. Tenemos un vínculo con nuestras culturas marcado por el desprecio hacia las comunidades indígenas de nuestro territorio y a nuestros orígenes africanos, y hemos marginalizado y empobrecido a las mujeres para quienes la educación aún sigue siendo un privilegio disponible, solo para “los más prestantes” hombres y mujeres de su localidad.

A través de la literatura, las mujeres hicimos texto nuestra experiencia. Un texto es un tejido, un entramado de símbolos y significaciones que se concreta a través de una práctica oral, corporal, escrita, pintada, dramatizada, donde nosotras podemos rehacer los signos de nuestra realidad e historia ninguneada, y restablecer nuestra identidad más allá de las mentiras e imposturas del relato nacional que pretende borrar los diferentes tonos de la voz y sostener la desigualdad a través del racismo, el sexismo y el clasismo. La literatura escrita por mujeres que se hace bajo la conciencia de nuestra historia es subalterna y sostiene una conciencia en litigio, es decir, hace justicia (donde abunda la injusticia), rompe con pactos de silencio con el patriarcado y con el discurso homogeneizador de la identidad nacional⁴. En últimas, la literatura latinoamericana escrita por las mujeres es de vital importancia para analizar los procesos de consolidación de nuestra visión crítica y desidentificatoria frente a los ideales de formación femeninos nacionales.

*Los textos del yo*⁵, de la escritora mexicana Cristina Rivera Garza, premio José Donoso 2022, son un poemario en donde se cuestiona al lenguaje y se expande más allá de las facultades que le hemos dado para plantearnos que encarnamos las palabras, esto es, nuestros cuerpos se hacen lenguaje. Así, se interesa por el origen de la creación literaria, en el lugar que experiencias como el amor y el olvido tienen en los cuerpos de las mujeres. A partir de la lectura

de este poemario comprendemos que los textos del yo se relacionan con los géneros discursivos considerados como literatura menor como los diarios, los testimonios, las cartas, los fanzines y textos orales⁶, sean podcast u oraliteratura. Por mucho tiempo dijeron que, si las mujeres escribíamos, escribíamos una literatura menor, pero obviaron que esta literatura es la que una minoría hace dentro de una lengua mayor. Si en “las grandes literaturas” todo es individual, en las menores, todo es político.

La escritura de la memoria de sí, entonces, resulta ser un trabajo que nos pone ante memorias subalternas de mujeres no privilegiadas y personas empobrecidas, sacadas del discurso oficial y generalizante como las mujeres trans, los hombres trans, las personas no binarias y los sujetos ninguneados por el patriarcado⁷. Formarse como autora en América Latina es ser consciente de estas historias de marginación de nuestras ancestras, pero también, reconocerse como sujeto fronterizo, esto es, que habita entre los márgenes y más allá de estos. En este sentido, la memoria subalterna, según Beatriz González Stephen, tiene como reto la reescritura de la historia y comprende no solo la recuperación de tradiciones no valoradas como la oralidad, la escritura autobiográfica y epistolar de sujetos silenciados —sobre todo mujeres— sino también “las texturas culturales que yacen debajo de las historias oficiales”⁸.

Una literatura que ayuda a comprender esta memoria subalterna y al margen es la literatura chicana, la cual antes de los 80 no era reconocida en el ámbito académico, a pesar de contar con grandes representantes como Gloria Anzaldúa, Ana Castillo y Sandra Cisneros. Es una literatura minoritaria. Su reconocimiento fue posible a través de las luchas de las mujeres de orígenes mexicanos en los Estados Unidos y del movimiento feminista de la tercera ola. Estas y otras tantas escritoras fueron acusadas en muchas ocasiones como traidoras y opositoras

¹ Gloria Anzaldúa, “Hablar en lenguas. Cartas a escritoras tercermundistas”, en *Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, edit. Cherrie Moraga y Ana Castillo, (San Francisco: Editorial Ismo, 1988), 219-228.

² Selen Catalina Arango Rodríguez, “Narrarse a sí misma: el sujeto de la de/formación femenina como constitutivo de la pedagogía en tres novelas publicadas en América en los 80's” (Tesis de Doctorado Universidad Nacional Autónoma de México, 2016) <https://repositorio.unam.mx/contenidos/100884>

³ Como es de nuestro conocimiento, las mujeres en América Latina pudimos acceder al sistema educativo a partir de la segunda mitad del siglo XX y entre 1980 y 1990, la tasa de escolarización es masiva por lo que nuestra participación en los sistemas educativos públicos de la región es mayor a la de los varones. Aún entre 10% y 30% de estudiantes deja la escuela en la primaria, y, en el caso de las mujeres se debe a que deben encargarse del cuidado de hermanos menores o atender la casa o, en el caso de Colombia, a causa del desplazamiento forzado. En la secundaria, al menos la mitad de las mujeres que ingresan terminan, decreciendo este número en la educación universitaria pues las mujeres que la cursan son pocas frente a los varones matriculados en carreras relacionadas con la matemática, la física y la biología.

⁴ Beatriz González, “Escritura de memorias subalternas”, *Texto Crítico. Nueva época*, n.º 10 (2022): 21-34. <https://cdigital.uv.mx/bitstream/handle/123456789/7807/2002v10p21.pdf?sequence=2>

⁵ Cristina Rivera Garza, *Los textos del yo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2005).

⁶ Nattie Golubov, *Critica literaria feminista. Una introducción práctica* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2012).

⁷ El patriarcado es una estructura de dominación, marginación y subalternización que se basa en ver a casi toda la humanidad como personas débiles e inferiores que no saben cómo decidir sobre sus vidas, cuerpos y sexualidades. En este sentido, son objeto del patriarcado las mujeres, infantes, adolescentes, y personas LGBTQ+.

⁸ Beatriz González, “Escritura de memorias subalternas”, 23.

de las “buenas tradiciones mexicanas” por algunos críticos literarios. Podría decirse que la literatura chicana es una puente que sugiere el desplazamiento de la voz como experiencia de la formación y permite entender la formación de las mujeres como un saber fronterizo que puede estudiarse desde la crítica cultural feminista.

Para ejemplificar lo anterior, en lo que sigue reseñaré algunos textos que nos encuentran con la relación literatura y formación de las mujeres en América Latina:

⁹ Ana Castillo, *The Mixquiahuala Letters*. (New York: Anchor Books, 1986).

¹⁰ Emma Reyes, *Memoria por correspondencia*. (Bogotá: Laguna Libros, 2019).

¹¹ Eleni Varikas, “Lo que no somos. Historicidad del género y estrategias de desidentificación”, *RIFP*, n.º 25 (2005): 77-88.

En breve cárcel (1981) de Sylvia Molloy, Argentina. En esta novela se indaga por lo que deja a una mujer el amor hacia las mujeres desde un cuarto que se ha rentado para escribir. Una novela cuya trama es un duelo amoroso bordeando la cama, la cual no se nombra, y una colección de encuentros breves con Renata y Vera. Este relato en tercera persona parece dicho desde el diván. Nos devela, por un momento, algunas formas del amor entre las mujeres, pero también, la historia con la hermana, con el padre y con la madre. En últimas, *En breve cárcel* leemos sobre el amor como objeto de escritura y como formación de la escritora.

The Mixquiahuala Letters (1986), Ana Castillo⁹, Estados Unidos. La narradora personaje viaja a México desde los Estados Unidos en dos ocasiones: la primera para conocer el lugar de donde proviene su familia y la segunda para encontrar un lugar al cual pertenecer luego de separarse de su esposo. Cada visita reseñada en la novela da cuenta de un tiempo de transformación en la vida de Teresa, su protagonista, en el que justamente necesita volver a México como si retornara a sus raíces. Es una novela compuesta por cartas que Teresa dirige a su amiga Alicia y que pueden leerse de manera indistinta para comprender la formación como una historia fragmentaria cuyos hilos conductores son los de los aprendizajes extranjeros, a través del viaje a otros territorios a los cuales se intenta pertenecer, sin lograrlo totalmente. Es la búsqueda de la extranjera y de quien huye de su nación para darse cuenta de que pertenece a la escritura, a la creación de sí misma.

Memoria por correspondencia (2012) de Emma Reyes¹⁰, Colombia. Louise Glück, tiene razón, solo miramos las cosas por primera vez en la infancia y lo demás es memoria. Emma Reyes nos trae los recuerdos de su infancia con una correspondencia que inicia desde sus 4 años, atraviesa la orfandad de la que es objeto la infancia no deseada por parte de una sociedad con doble moral hasta llegar a los detalles de la vida esclava en un convento de niñas olvidadas y desechadas. El libro termina cuando Emma rompe los grilletes impulsada por el trauma del abuso sexual y la memoria de que afuera está el mundo.

Pensar la literatura escrita por las mujeres subalternizadas, empobrecidas, ninguneadas por ser lesbianas o mujeres “no normales” en América Latina nos dice que las preguntas formuladas por Gloria Anzaldúa al inicio de este texto son preguntas sobre la formación y que su abordaje no solo resulta por la vía de la educación y de los procesos educativos escolarizantes, sino que requieren de la experiencia con el lenguaje, esto es, lo que hacemos con lo que nos pasa¹¹ y con las preguntas sobre la identidad encarnadas en nuestros cuerpos. La formación de la escritora en América Latina tiene mucho que ver con su historia y con su experiencia como mujer, más que con el acto mismo de escribir.■



La Baidosa rota - 1976 - acuarela sobre papel, 76 x 56 cm

